



**LAS PRIMERAS INSTRUCCIONES CIENTIFICAS
FRANCESAS PARA EL ESTUDIO DEL PERU
PREHISPANICO (SIGLOS XVIII Y XIX)**

En: Bulletin de l'Institut Francais d'Études Andines, Lima, 2000,
Tomo 29, N° 1.

Pascal Riviale



Obra suministrada por el Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA)

LAS PRIMERAS INSTRUCCIONES CIENTÍFICAS FRANCESAS PARA EL ESTUDIO DEL PERÚ PREHISPÁNICO (SIGLOS XVIII Y XIX)

*Pascal RIVIALE**

Resumen

Mientras los vestigios del Perú prehispánico fascinaron a los coleccionistas y a los sabios europeos desde los primeros tiempos de la Conquista, su estudio “científico” no empezó antes del siglo XVIII. Francia participó de este movimiento organizando desde este período numerosas expediciones científicas al Perú. Para guiar a los viajeros en sus investigaciones, los sabios concibieron una serie de cuestionarios previstos teóricamente para ser utilizados por cualquier persona, sin ninguna preparación específica. El análisis de esas instrucciones indica al contrario su dificultad de comprensión y de uso y su frecuente ignorancia de las realidades del campo. Además, algunos de esos cuestionarios ilustran la brecha que fue creciendo entre los medios científicos franceses de la segunda mitad del siglo XIX, entre las aproximaciones culturales y naturalistas de las sociedades extraeuropeas.

Palabras claves: *Perú, arqueología, antropología, instrucciones científicas, viajeros franceses, siglo XVIII–siglo XIX.*

LES PREMIÈRES INSTRUCTIONS SCIENTIFIQUES FRANÇAISES POUR L'ÉTUDE DU PÉROU PRÉHISPANIQUE (XVIIIÈME ET XIXÈME SIÈCLES)

Résumé

Si les vestiges matériels du Pérou indigène ont fasciné les collectionneurs et les savants européens dès les premiers temps de la Conquête, leur étude “scientifique” ne remonte véritablement qu’au XVIIIe siècle. La France contribua largement à cette dynamique en organisant dès cette période une succession d’expéditions scientifiques. Pour guider les voyageurs dans leurs recherches, les savants de cabinet produisirent au XVIIIe et au XIXe siècle une série de questionnaires, censés pouvoir être utilisés par n’importe qui, sans formation préalable. L’analyse de ces recueils d’instructions montre au contraire leur complexité de compréhension et d’emploi et leur trop fréquente ignorance des difficultés liées aux réalités du terrain. En outre, certains de ces documents illustrent le fossé qui s’est particulièrement développé dans les milieux scientifiques français dans la seconde moitié du XIXe siècle, entre les approches culturelles et naturalistes des sociétés extra-européennes.

Mots clés: *Pérou, archéologie, anthropologie, instructions scientifiques, voyageurs français, XVIIIe siècle–XIXe siècle.*

* Musée d’Orsay, 62, rue de Lille 75007 Paris. E-mail: PASCAL.RIVIALE@wanadoo.fr

THE FIRST FRENCH SCIENTIFIC INSTRUCTIONS FOR THE STUDY OF PREHISPANIC PERU ((XVIIITH AND XIXTH CENTURIES)

Abstract

While Peruvian archaeological remains have been fascinating European collectors and scholars since the Spanish Conquest, their “scientific” study actually began in the XVIIIth century. France contributed to this movement by organizing many scientific expeditions in Peru. In order to guide travelers through their investigations, “armchair scholars” prepared surveys which, theoretically, could be used by those without any preparation. In fact, these instructions were difficult to understand and to use, and often they show an ignorance of the realities of the field work. Furthermore, some of these inquiries illustrate the gap which increased in French scientific circles during the second half of the XIXth century between cultural and natural approaches to non-European societies.

Key words: *Peru, archaeology, anthropology, scientific instructions, French travelers, XVIIIth century–XIXth century.*

En el transcurso de su toma de posesión progresiva del continente sudamericano, los españoles revelaron al Viejo Mundo civilizaciones autóctonas cuyo desarrollo no coincidía con la percepción del mundo que tradicionalmente prevalecía en Europa. A los informes enviados por los primeros conquistadores, luego por los funcionarios coloniales, se mezclaron en seguida reseñas tan maravillosas como imaginarias sobre lo que eran esas tierras lejanas y sus habitantes. Desde aquel entonces los eruditos franceses sólo dispusieron, durante largo tiempo, de una documentación dispersa, indirecta, poco fiable, pero cuyo cuestionamiento llegaría tardíamente. En efecto, puede considerarse que hasta el siglo XVIII no habían otras fuentes, aparte de estas crónicas, para evocar el Perú de los incas. No obstante, fue a partir de ese período cuando los vestigios materiales comenzaron a aparecer, ya no como curiosidades representativas de un mundo difícil de concebir, sino como documentos históricos susceptibles de ser leídos e interpretados; así fue como, paulatinamente, adquirieron un status de objeto de estudio. Tal actitud, definitivamente reconocida en el siglo XIX, iba a arrastrar, en un frenesí de recolección cada vez más sistemática de estos vestigios, a hombres de ciencias, aventureros o simples curiosos. Con el propósito de orientar a esos “pioneros” de la ciencia, se recurrió a eruditos e instituciones científicas, tanto en el siglo XVIII como en el siglo XIX, a fin de elaborar programas de estudios y redactar instrucciones específicas destinadas a algunos de estos hombres que partían hacia el Nuevo Mundo. Estos textos son de gran valor para comprender cómo se ha desarrollado la arqueología precolombina, porque proporcionan al historiador de las ciencias una serie de indicios muy útiles, referentes en particular al estado de los conocimientos que los autores de tales instrucciones tenían a su disposición (cuáles eran las fuentes utilizadas y cómo se las interpretaba), y también a las orientaciones en la investigación que ellos privilegiaron. Por lo tanto, lo que nos proponemos aquí es establecer un panorama que contribuirá a una mejor comprensión de algunos de los avances y también estancamientos que presentó la investigación arqueológica francesa, tal como se la consideraba hasta principios de nuestro siglo. Por otra parte, estos diversos discursos científicos tuvieron

cierta influencia en las actividades y reflexiones de la comunidad erudita peruana del siglo pasado; por ello nos pareció aún más útil presentar al lector peruano un enfoque historiográfico, ciertamente extranjero, pero que concierne también a su historia nacional.

En Francia, el interés por los pueblos amerindios, sus costumbres y su “industria” (empleando un término usado hasta fines del siglo XIX) se remonta a los primeros descubrimientos del Renacimiento y no hizo sino aumentar con la expansión colonial francesa de los siglos XVII y XVIII, principalmente en Canadá, Antillas/Guayanas y, en menor grado, en Luisiana (1). Este entusiasmo por las “curiosidades de los salvajes” está claramente atestiguado por los inventarios y catálogos de venta de numerosos gabinetes de curiosidades. Los vestigios de las grandes civilizaciones de Méjico y Perú, seguramente habrían ganado también la preferencia de estos coleccionistas si no hubiera sido tan difícil procurarse tales objetos. En efecto, la celosa protección de España sobre su imperio de ultramar no favorecía la venida de viajeros extranjeros a tierras de Centro o Sudamérica y, en consecuencia, fueron relativamente pocas las antigüedades que llegaron hasta Francia antes de la Independencia de las colonias españolas (Riviale, 1993). Por lo tanto, al presentarse una ocasión excepcional de abordar estos territorios tan mal conocidos, correspondía a los viajeros aprovecharla lo mejor posible y regresar con una buena cantidad de información y documentos relacionados a los más diversos campos, motivados para ello por las súplicas, recomendaciones, consejos... o instrucciones.

1. LAS INSTRUCCIONES EN EL SIGLO XVIII

La misión geodésica y astronómica de los académicos Bouguer, Godin y La Condamine en Ecuador (iniciada en 1735) fue para los medios científicos franceses (y hasta europeos) una suerte inesperada, por lo mucho que había por conocer en estas ignotas tierras. En el estado actual de nuestros conocimientos, resulta imposible determinar si ellos recibieron instrucciones específicas relativas al estudio de los vestigios indígenas. Nos inclinamos a dudar de ello, en razón de que en esa época se sabía tan pocas cosas sobre las culturas andinas, que resulta difícil imaginar que los exploradores hayan recibido algo más que recomendaciones muy generales. Sin embargo, cabe recalcar que esta misión sí dio resultados en el plano arqueológico, ya que Louis Godin, Joseph de Jussieu (y tal vez Charles de La Condamine) llevaron a Francia colecciones de objetos sacados de las sepulturas antiguas (Riviale, 1993: 42).

Cuando treinta años después de su regreso el botánico Joseph Dombey fue solicitado para acompañar al Perú a un equipo científico español (dirigido por Hipólito Ruiz) se benefició de la experiencia adquirida por sus antecesores, así como de las

(1) El desarrollo del mercado de las curiosidades de París en el siglo XVIII (que llegó a convertirse en una de las principales plazas de ventas públicas de Europa) estimuló la circulación de estos objetos etnográficos, tan preciados para algunos aficionados: en Francia, el origen geográfico de los objetos mencionados en los catálogos corresponde claramente a las posesiones coloniales a las que nos hemos referido (Riviale, 1993: 38).

nuevas interrogantes suscitadas por sus recolecciones y observaciones (2). Antes de su partida, Dombey recibió instrucciones científicas destinadas a orientar sus investigaciones en función de las preguntas específicas que se formulaban algunos científicos (3), entre ellos Seguier, quien le envió en 1777 un cuestionario, principalmente sobre mineralogía, botánica y zoología. Sin embargo, el último párrafo invitaba a Dombey a que se interesase por los pueblos indígenas, su entronque con los pueblos prehispánicos, así como por la eventualidad de la supervivencia de tradiciones antiguas (Hamy, 1905: 322). Pero, es sobre todo en las instrucciones redactadas por el abate Barthélémy en 1776 que el estudio de los vestigios arqueológicos y de los documentos etnográficos aparece claramente como modo de aproximación crítica al Perú prehispánico.

Jean-Jacques Barthélémy, custodio del Gabinete real de Medallas y miembro de *l'Académie royale des Inscriptions et Belles-Lettres*, era uno de los anticuarios más conocidos de su época. Particularmente versado en antigüedades clásicas (romanas, egipcias, levantinas) tenía además un espíritu curioso, abierto a todo. Fue entonces por su conocida y sólida fama de erudito por lo que el Ministro Bertin pidió en 1776 a Barthélémy que compusiera instrucciones “arqueológicas” para el viaje de Dombey. El autor conocía bien a Caylus, con quien había colaborado para redactar su famoso *Recueil des Antiquités*: quizá fue a través de éste que Barthélémy tuvo conocimiento de las antigüedades traídas del Perú y Ecuador por Jussieu y Godin (4) (a las cuales se refiere de modo implícito en sus instrucciones). De no ser así, sus funciones en el Gabinete de Medallas, así como la red de sus relaciones en el medio de los coleccionistas, pudieron brindarle la oportunidad de ver algunas curiosidades indígenas de América y de preguntarse cuáles eran su origen y su función. De todas formas, Barthélémy dio muestras, en esta ocasión, de una indudable cultura “americanista” (5).

Estas instrucciones constan de tres partes referentes a: monumentos, objetos, lenguas y escrituras. En la primera parte, Barthélémy expresa su deseo de contar con una información más precisa sobre la arquitectura peruana antes de la llegada de los españoles:

“Si el Sr. Dombey tiene con él a un dibujante, podría encargarle que dibujara varios monumentos que quedan de los antiguos peruanos, y que bastarían para dar una idea de su arquitectura.” (Barthélémy, 1821-1822: 432)

(2) Así fue como una serie de objetos enviados desde Perú por Joseph de Jussieu a sus hermanos, sirvió de material de referencia para un estudio realizado por el Conde de Caylus (uno de los más famosos anticuarios de su época) sobre ciertas piedras volcánicas utilizadas en la Antigüedad (Caylus, 1764).

(3) En una carta dirigida a André Thouin (encargado del Jardín del Rey), Dombey declara: “Los Sres. de la Tomette y Rast, de Haller, Séguier, el ministro Bertin y el Conde de Mellet su sobrino, Costa de Perpignan, el abate Rozier, de La Lande y varios otros tuvieron a bien honrarme con sus consejos y opiniones. De todos recibí instrucciones muy necesarias que aprovecharé durante mi viaje” (Madrid, 25 de agosto de 1777, citado in: Hamy, 1905: 27).

(4) Ver la nota (2) a propósito de Caylus.

(5) Las fuentes citadas por el autor son las siguientes: Garcilaso de la Vega, Acosta, el relato de viaje de Antonio de Ulloa y, probablemente, los testimonios de los académicos franceses, compañeros de Ulloa.

Luego, hace mención de algunos sitios de los que ha oído hablar y que deberían merecer la atención de los viajeros:

“Don Ulloa hizo dibujar algunos de ellos y, entre otros, una especie de palacio de los reyes de Quito llamado Callo [...]. Pero no nos informó sobre las proporciones, omisión que sería fácil de reparar.

Los monumentos del Cusco son los que más atención merecen. Pueden verse los restos de un templo del Sol y otros edificios cuyas piedras son tan enormes que, no obstante la perfección de la mecánica, resultaría muy difícil moverlas en nuestros días. Habría que conseguir dibujos exactos de estos edificios, así como las proporciones de estas piedras, e informarse sobre si fueron extraídas de alguna cantera próxima, pues quizá es para aumentar lo maravilloso por lo que se supone que fueron transportadas desde muy lejos.” (Barthélémy, 1821-1822: 432)

El autor mencionaba igualmente los sitios de Pachacamac, Tomebamba y Huamanga, pero sin darles tanta importancia como a los primeros; sólo se refería a ellos a título de información, en caso de que Dombey tuviera la oportunidad de pasar por su proximidad. Concluía esta parte precisando que sus recomendaciones valían para “todos los monumentos de alguna importancia situados en los lugares adonde sus investigaciones lo llevarían naturalmente.” (Barthélémy, 1821-1822: 433)

En la segunda parte de sus instrucciones, Barthélémy aborda la cuestión de los artefactos, insistiendo en el valor documental que podrían tener, a fin de conocer mejor a los antiguos pueblos del Perú:

“Es común encontrar en las tumbas hachas de cobre, espejos de piedra, vasos de arcilla, agujas y otros pequeños objetos que se enterraban junto con los muertos (6). Llegaron algunos a Francia y a los diferentes gabinetes de Europa. Los vasos de arcilla no deben tener gran valor, pero como representan generalmente una cabeza de indio, sería bueno disponer de dos o tres para tener una idea general sobre la manera de dibujar de estos pueblos.” (Barthélémy, 1821-1822: 433)

Las referencias a las riquezas de la orfebrería prehispánica también eran motivo para que el autor se preguntase sobre las técnicas empleadas por los artesanos indígenas:

“En las mismas tumbas se han descubierto pequeñas figuras de divinidades en oro y plata cuyo trabajo es sorprendente: son huecas, de una sola pieza y sin la menor soldadura; además, el oro y la plata, delgados como una hoja de papel, parece tan frágil que no se entiende cómo pudieron ser vaciadas o coladas en un molde. Habría que tratar de adquirir una o dos de estas figuras.” (Barthélémy, 1821-1822: 433)

Finalmente, esta sección también concluía por una recomendación global:

(6) Barthélémy se refería a las descripciones de material funerario hechas por Juan & Ulloa en su *Relación histórica...* (1978[1748], I: 618-622): algunas alusiones (las cerámicas que representan una cabeza de indio, por ejemplo) constituyen pruebas evidentes de ello. Tal vez había tenido también la oportunidad de observar las colecciones del gabinete de curiosidades de Pedro Franco Dávila, vendidas en París en 1767 (sobre estas colecciones ver Riviale, 1993 : 42-43).

“En general, no hay que desdeñar ninguna de las pequeñas obras que demuestran la inteligencia e industria de los antiguos peruanos.” (Barthélémy, 1821-1822: 433)

La tercera parte trataba sobre las lenguas y supuestas formas de escritura. En primer lugar, el autor quería que el viajero recogiera elementos de vocabularios autóctonos, así como cantos indígenas a los cuales atribuía un auténtico valor documental e histórico. Este es un aspecto de la curiosidad de Barthélémy que cabe resaltar muy particularmente, en la medida en que daba muestras de su interés por un saber popular, no escrito pero sin embargo portador de una antigua tradición y por lo tanto revelador, en estos pueblos indios, de una filiación cultural directa entre aquel pasado suntuoso pero concluido y el presente colonial:

“Sería importante tener muchas palabras de sus antiguas lenguas y sobre todo la que llaman *quicheca* [quechua], la lengua de los Incas. Hay que distinguir los pueblos que hablan estas diferentes lenguas y observar con atención cómo pronuncian las palabras. Nos han traído algunas de sus canciones; habría que multiplicar su número porque sería posible hallar en ellas ciertos elementos característicos de la historia de estos pueblos del Perú o de su mitología, ya que algunos de ellos tenían un culto diferente al culto del Sol.” (Barthélémy, 1821-1822: 433)

Este tema de las lenguas era muy importante para Barthélémy, porque consideraba que era mediante el estudio comparado de los diversos idiomas locales cómo quizá un día podría descubrirse el misterio del origen de estos pueblos indígenas. Por ello expresaba el deseo que se efectuara una recopilación de las diferentes lenguas vernaculares de América a las cuales sería conveniente, como lo señalaba, añadir los idiomas recientemente descubiertos de los habitantes de las islas de Oceanía. Así como el siglo XVI dio lugar al “descubrimiento” de los amerindios, las expediciones de circunnavegación del siglo XVIII trajeron una cantidad de descubrimientos geográficos y humanos (en particular en el Pacífico) que ponían en tela de juicio varias ideas establecidas sobre la humanidad, su diversidad y organización. Por lo tanto, era crucial este interrogante acerca del origen de los pueblos del Nuevo Mundo —y su importancia no haría más que aumentar, tal como lo veremos pronto—...

Si bien partía del postulado según el cual los antiguos peruanos no conocían la escritura, Barthélémy no deseaba la eventualidad de una sustitución por otros sistemas, ya fuera a través de pinturas, similares a las que se observan en los códices mexicanos, o mediante los *quipus*, cuyo uso no era bien conocido de los europeos. Según él, la comprensión de este sistema constituía un medio posible para captar mejor la forma de pensar de los indígenas:

“Son muy pocos los indios que conocen perfectamente su mecanismo y sólo al final de su vida lo revelan a sus hijos. Si fuera posible robarles este secreto, estaríamos en mejores condiciones para juzgar el alcance de su mente y de las combinaciones de que es capaz.” (Barthélémy, 1821-1822: 433)

Como conclusión a este libro de instrucciones, cabe precisar que si bien Joseph Dombey trajo a Francia, cumplida su misión, una abundante cosecha de objetos

arqueológicos y etnográficos provenientes del Perú (Riviale, 1993), no se puede asegurar que el viajero haya aplicado las recomendaciones de Barthélémy. En efecto, sujeto —tal como lo estaba— a la autoridad colonial española y gozando de una independencia bastante limitada (Hamy, 1905), es probable que Dombey no estuviese en condiciones de contestar las preguntas de Barthélémy. A pesar de todo, este texto representa un documento esencial para la historia de la arqueología peruana, ya que hasta ahora es el cuestionario más antiguo que conocemos en este campo (7). Por otra parte, estas instrucciones revelan el saber no despreciable de un erudito que, hasta ese entonces, poco se había ocupado del mundo amerindio (8), así como cierta originalidad que no es superfluo subrayar. Cuando, por ejemplo, el autor se pregunta cuál podría ser la procedencia de los materiales utilizados para la construcción de los monumentos incas del Cuzco, sobrentiende que los testimonios escritos disponibles en ese entonces (las crónicas, principalmente) quizá no sean de una fiabilidad a toda prueba. Cuando pide al viajero que traiga algunos testimonios de la industria indígena no es solamente por curiosidad, sino que considera que son un elemento documental susceptible de mejorar nuestro conocimiento del pasado. Finalmente, el recurrir a la tradición oral para el estudio de las civilizaciones desaparecidas nos parece bastante innovador, en una época en que se confiaba mucho en los escritos de los autores antiguos, conocidos por identificar y contextualizar las antigüedades traídas de Grecia o Italia.

En el siglo XIX, con la intensificación del tráfico marítimo (de mercaderías y viajeros), el dominio tecnológico, la expansión comercial —y en algunos casos colonial— de Europa, el número de actores voluntarios de la investigación científica se iba a incrementar considerablemente. A falta de medios económicos importantes susceptibles de ser dedicados a sectores de actividad tales como la arqueología, la antropología o la etnografía, no tardaría en generalizarse el recurso a esta mano de obra, a menudo tan neófito como llena de buena voluntad. Esta práctica fue, en cierto modo, oficializada y sistematizada por intermedio de las “instrucciones generales” puntualizadas por las principales instituciones científicas francesas: *Muséum d’Histoire naturelle de Paris*, *Société Ethnologique*, *Société d’Anthropologie de Paris*, *Société de Géographie de Paris* (Riviale, 1996).

Al margen de estas instrucciones generales, estas mismas instituciones elaboraron instrucciones más puntuales y específicas para satisfacer las demandas de correspondientes extranjeros o de viajeros a punto de partir.

En el campo de la arqueología peruana, las instrucciones redactadas en Francia en el curso del siglo XIX y que hemos podido redescubrir son las siguientes: las instrucciones publicadas por la *Société de Géographie de Paris* para un tal Vasseur en 1828, luego para Laurent de Saint-Cricq en 1854; las de *l’Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* para Maximilien Mimey en 1853; y las de la *Société d’Anthropologie de Paris* para los Drs Calonge y León y Alba en 1861.

(7) Cabello Caro (1989: 60-62) menciona algunas ordenanzas reales para la recolección de objetos destinados al Gabinete de la Corona de España, promulgadas durante el siglo XVIII, pero se trata de instrucciones muy generales.

(8) Previamente, fue el autor de *Réflexions sur quelques peintures mexicaines*, escritas en 1771, a propósito de los códices que recientemente habían llegado a Europa.

Es probable que se elaboraron otras instrucciones para otros viajeros [pensamos en particular a d'Orbigny (9)], pero como no se les dio publicidad alguna, es verosímil que estas hipotéticas recomendaciones no tuvieran sino una aplicación limitada únicamente a sus destinatarios. En efecto, el particular interés de los cuestionarios que acabamos de mencionar radica en que la mayoría de ellos fueron publicados, lo que les dispensaba una audiencia relativamente amplia y por lo tanto nuevas posibilidades de ser utilizadas por otros viajeros. Sin embargo, algunos de ellos no tenían sino un reducido alcance científico, en la medida en que las recomendaciones dadas eran demasiado generales para ser de mucha utilidad, como no fuera para recordar a los voluntarios unas cuantas orientaciones principales para la investigación, más o menos válidas durante todo el siglo XIX. Es el caso, en particular, de las instrucciones redactadas por la Sociedad de Geografía que sólo evocaremos aquí rápidamente.

2. LAS INSTRUCCIONES DE LA *SOCIÉTÉ DE GÉOGRAPHIE DE PARIS*

A fines del año 1827 llegó a la *Société de Géographie* la *Relation d'un voyage d'Arica à Potosí*, efectuado el año anterior por un tal P.J.B. Vasseur. De inmediato se tomó la decisión de enviar al autor una serie de preguntas relativas al Bajo y al Alto Perú. Estas últimas no fueron publicadas en el boletín de la Sociedad (como se hacía frecuentemente); no obstante, conocemos el tenor de este cuestionario gracias a una copia que hemos podido encontrar en los archivos de la institución (10). Los autores de estas preguntas eran dos personalidades, los Srs Coquebert de Montbret y Cadet de Metz. El primero dirigió a Vasseur una serie de preguntas extremadamente variadas que se referían a los más diversos temas: meteorología, geografía, mineralogía, botánica, zoología. La etnografía y la antropología no se abordaban sino a través de dos recomendaciones:

“Enviar a la Sociedad diccionarios y gramáticas de las principales lenguas de los indígenas del Perú, tales como el Quichua o lengua del Inca y el Aymara. Tratar de obtener retratos fieles de los individuos más característicos de cada raza indígena pura.”

El segundo autor, por su parte, insistía un poco más en los aspectos estrictamente arqueológicos e históricos:

“Buscar los restos, si aún existen, de los monumentos de los antiguos peruanos tales como edificios, templos, ídolos, estatuas, monedas, tumbas, instrumentos. También recoger informaciones sobre los diversos pueblos, sus lenguajes, costumbres civiles y ceremonias religiosas, como peregrinación e historia. [...] dar información sobre el resultado de las averiguaciones que se hicieron, según se dice, para localizar los monumentos, estatuas, etc. que los indígenas quisieron sustraer a los conquistadores españoles.”

(9) Pensamos especialmente en los “pedidos” de cerámicas antiguas y modernas de América del Sur hechos por Alexandre Brongniart (en esa época director del Museo de la Manufactura de Cerámicas de Sèvres) antes de la partida de Alcide d'Orbigny, en 1826 (ver Riviale, 1996: 29).

(10) Manuscritos de la Sociedad de Geografía de París. Paquete n° 3 bis (preguntas remitidas a los viajeros); carpeta Vasseur.

Un cuarto de siglo más tarde, la Sociedad tuvo por segunda vez la oportunidad de redactar instrucciones para el Perú. En 1853, a su retorno de una larga estadía en América del Sur, Laurent de Saint-Cricq (artista, aventurero y naturalista en sus ratos perdidos, más conocido a través de sus publicaciones con el seudónimo de Paul Marcoy) fue a presentar ante la Sociedad de Geografía de París el resultado de sus investigaciones y a exponer su nuevo proyecto de exploración del río Amazonas y de algunos de sus afluentes. En esa ocasión, propuso a la Sociedad que le confiara instrucciones científicas. Obviamente, teniendo en cuenta el proyecto del viajero, estas instrucciones (publicadas al año siguiente) atañen principalmente a la hidrografía, pero conocida la inclinación de Saint-Cricq hacia la arqueología y la etnografía, el documento terminaba con estas simples palabras:

“Es superfluo además, insistir en el interés que [la Sociedad] encontrará en los detalles precisos referentes a la etnografía, arqueología peruana, lenguas...” (Cortambert, 1854: 406)

Como vemos, el aporte de la *Société de Géographie de Paris* fue a este respecto extremadamente reducido, pero es comprensible, ya que esta institución tenía una vocación relativamente general y no incluía en sus preocupaciones disciplinas tales como la etnografía o la antropología sino en la medida en que podían servir a la causa de la geografía, en particular a través del estudio histórico, cultural y físico de las razas y de las sociedades humanas de la tierra. Por el contrario, los cuestionarios elaborados por *l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* y la *Société d'Anthropologie de Paris*, respectivamente, son mucho más detallados. También revelan orientaciones de investigación específicas, al ilustrar la formación de un antagonismo científico que tendría, en la segunda mitad del siglo XIX, una influencia muy fuerte en el campo de las ciencias humanas: la separación raza/cultura. Por esta razón nos detendremos más en estos dos últimos libros de instrucciones.

3. LAS INSTRUCCIONES DE L'ACADÉMIE DES INSCRIPTIONS ET BELLES-LETTRES

Más orientada hacia la Antigüedad clásica y la arqueología nacional, *l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* parece haber manifestado en general un interés muy moderado por el estudio de las sociedades precolombinas del Nuevo Mundo (por lo menos es lo que se desprende de la lectura de las actas de las reuniones). Sin embargo, y curiosamente, una de las guías de investigación más completas escritas sobre el Perú de antes de la Conquista proviene de esta institución.

En efecto, con motivo de la partida hacia Lima de Maximilien Mimey (contratado en calidad de arquitecto del gobierno peruano), se encargó a los académicos que elaboraran instrucciones susceptibles de ser aplicadas por el arquitecto durante su estadía en el Perú. Es interesante señalar que con excepción de Edme Jomard (11),

(11) Fue uno de los primeros alumnos formados en la Escuela Politécnica. Participó en la expedición científica a Egipto enviada por Bonaparte. Más tarde, nombrado conservador del departamento de Geografía de la Biblioteca Real, demostró a lo largo de su carrera un gran interés por la etnografía —y particularmente por la etnografía americana—.

ninguno de los miembros de la comisión nombrada con este fin (los Sres. Raoul-Rochette, Guigniaut, de Saulcy, Laboulaye, Lenormant y Naudet) formaba realmente parte del círculo aún limitado de los eruditos versados en estudios americanistas —lo que no impedía que diesen muestras de sólidos conocimientos sobre el Perú prehispánico, como lo indican los numerosos detalles y comentarios contenidos en el informe (que consta de no menos de 24 páginas) leído por Edme Jomard en la reunión de la Academia del 2 de septiembre de 1853—.

Con el probable propósito de asegurar una audiencia más amplia a estas instrucciones, el informe —que en definitiva no iba dirigido únicamente a Mimey, sino también a cualquier viajero curioso (12)— fue publicado en los *Mémoires* de la Academia.

Las fuentes que los miembros de la comisión utilizaron para componer su cuestionario son de tres tipos:

- cronistas de la época de la conquista y de la colonia (Jerez, Balboa, Herrera, Cieza de León, Velasco, Montesinos, Garcilaso de la Vega);
- viajeros (C. de La Condamine, A. de Ulloa, A. von Humboldt, J.B. Pentland, E. Poeppig, A. d'Orbigny, L. Angrand, H. Weddell, F. de Castelnau, E. de Rivero y J.J. Tschudi);
- científicos de gabinete (S.G. Morton, W. Prescott).

Como lo subraya Jomard, los académicos centraron su atención en las sociedades existentes en el Perú antes de la conquista:

“Dejando de lado la historia de esta nación, sobre la cual abundan las informaciones [...] sólo nos dedicaremos aquí a lo que atañe a los monumentos más singulares de la industria peruana, a las antigüedades de toda clase que se observan en el Perú, [...] y también a algunas instituciones dignas de la atención de los científicos” (Jomard, 1853: 66-67).

Probablemente llevada por la legítima preocupación de abordar un gran número de puntos hasta entonces no dilucidados, la exposición que Jomard hizo ante sus homólogos muestra cierta confusión en su presentación: en efecto, la disposición de las preguntas escogidas por el autor no facilita la comprensión del lector, debido a su dispersión a lo largo del informe y a la ausencia de cualquier ordenamiento geográfico de los sitios mencionados. Es posible sin embargo, agrupar las numerosas preguntas formuladas por los académicos alrededor de tres temas:

- 1) los vestigios materiales;
- 2) los sistemas de numeración y de escritura, lenguaje;
- 3) las características distintivas de las razas existentes antes de la conquista.

(12) Eso se advierte claramente en la conclusión de estas instrucciones: “Tal es el conjunto de nociones sobre las cuales sería deseable que los viajeros pudiesen traer nuevas luces” (Jomard, 1853: 90).

3. 1. Los vestigios materiales

Luego de afirmar la especificidad cultural del Perú (con relación a las demás regiones de América y con mayor razón al Viejo Mundo) el relator de la comisión señalaba que tal vez era posible atribuir esos vestigios materiales a dos épocas sucesivas: un período preincaico dominado por la raza aymara; después, el período Inca (13).

Esta distinción cronológica había sido sustentada poco antes por Rivero & Tschudi (1851) —al parecer en base a criterios de orden arquitectónico— pero también por Morton (quien se fundaba en las diferencias morfológicas de los cráneos y en las capacidades intelectuales inducidas de esta morfología: *cf.* Morton, 1839: 97 y sig.; 125 y sig.), sin que por ello los autores se pusiesen de acuerdo sobre la distribución geográfica de los sitios correspondientes a cada una de esas épocas. Veremos que la cuestión de la determinación de las dos épocas será objeto del último punto de estas instrucciones.

3. 1. 1. *Los vestigios del período “primitivo”*

Jomard consideraba que las obras dejadas por la raza aymara eran “de un estilo antiguo, bastante fácil de reconocer” (Jomard, 1853: 67). Sin embargo, dada la insuficiencia de informaciones sobre esa fase preincaica, el relator sólo estaba en condiciones de proporcionar algunos nombres de sitios que le correspondían por su arquitectura (Tiahuanaco; “Hatun Coenar” [Hatuncolla]; Ollantaytambo; algunas edificaciones del Cuzco, Curumba, Pachacamac, Jauja, “Tchimu” [Chan-Chan]), o bien indicaciones geográficas aproximativas (“en Lambayeque”; “el país de los Chachapoyas”), insiendiendo en la necesidad de recoger datos más seguros: “... lo que hace falta son medidas, detalles precisos, planos exactos” (Jomard, 1853: 70).

La referencia a la “industria” primitiva era aún más breve. A falta de datos concretos, Jomard mencionaba únicamente los restos de una “antigua fábrica de alfarería” que habría sido advertida entre las ruinas de Tiahuanaco. Por lo tanto, al invitar a los arqueólogos a que buscasen vestigios materiales de esa fase preincaica, Jomard concluía la primera sección de sus instrucciones con estas palabras:

“Podemos recordar aquí otras localidades de donde los viajeros trajeron objetos curiosos, tales como instrumentos, utensilios, vasos, que datan de la primera época. Sólo citaremos sus nombres, a partir del catálogo del Sr. de Longpérier (14): Motchi [Moche], Guantchaco [Huanchaco], Lurin, Arica, Tiguina, Copa-Cabana, etc. Estos lugares merecerían la atención de los observadores” (Jomard, 1853: 72).

(13) La existencia de dos fases sucesivas en el proceso de civilización del Antiguo Perú —expuesta y popularizada a través de los escritos de Cieza de León y Garcilaso de la Vega— era ampliamente aceptada por los eruditos desde hacía un buen tiempo; no obstante, los términos de esta distinción no estaban establecidos claramente y fueron objeto de acalorados debates a lo largo del siglo XIX.

(14) Jomard se refería al catálogo del Museo Americano, abierto en el Palacio del Louvre en 1850 y dirigido por Adrien de Longpérier. Las procedencias topográficas mencionadas aquí correspondían a objetos obsequiados al Louvre por el consul Léonce Angrand.

Las informaciones referentes a la segunda época, la de los incas, parecían netamente más abundantes, lo que permitiría que Jomard propusiera un ordenamiento más detallado y matizado de su informe: así, las instrucciones relativas al estudio de los vestigios materiales incas estaban divididas en dos secciones, la arquitectura y la “industria”.

3. 1. 2. *La arquitectura inca*

Con el propósito de dar una orientación a Mimey —o a cualquier otro viajero— para sus investigaciones, Jomard hacía un estudio de los principales monumentos dignos de interés, agrupándolos en categorías funcionales: en primer lugar venían los “palacios”; luego las “fortalezas, carreteras y puentes” seguidos por las “prisiones, termas y hostelerías”; y finalmente las “casas y construcciones diversas”. Para cada una de estas categorías el relator daba algunos ejemplos típicos (extraídos de las crónicas o de las observaciones de los viajeros); luego exponía los interrogantes que estos vestigios podían suscitar (dimensiones, plano, significado, modo de construcción, técnicas y herramientas utilizadas, etc.). Este modo de presentación se parecía al que Rivero & Tschudi habían utilizado dos años antes para su obra titulada *Antigüedades Peruanas* (15): en un capítulo titulado “Estado de las Artes de los Antiguos peruanos”, estos dos autores repertoriaban los principales monumentos conocidos, agrupándolos según su función: presentaban así “las hostelerías reales”, “los almacenes reales”, “los baños”, “los palacios reales”, “los templos”, etc.

No nos debe extrañar la notable influencia que tuvieron estas *Antigüedades Peruanas* en los americanistas europeos de la época: el libro de Rivero & Tschudi era, a mediados del siglo XIX, una de las primeras obras sintéticas sobre las civilizaciones prehispánicas del Perú, redactadas no sólo según las crónicas españolas sino también a partir de datos arqueológicos. Al igual que los escritos de Morton (1839) o de d’Orbigny (1839) que constituían obras de referencia esenciales para los que se interesaban en el tema de los tipos morfológicos atestiguados en el Nuevo Mundo, la publicación de la obra de Rivero & Tschudi fue un acontecimiento particularmente destacado en los medios eruditos versados en el estudio de los temas etnográficos.

Para orientar a los viajeros en sus investigaciones, Jomard mencionaba varios lugares conocidos por la importancia histórica de sus vestigios incaicos: en primer lugar en Cuzco (16), en Hatun Colla, Vilcashuaman, Tomebamba, Cajamarca, Chulucanas (17). Las referencias eran mucho más detalladas que las de la primera época, en la medida en que Jomard podía basarse en los escritos de los cronistas (Jerez y Balboa en este caso).

(15) Publicado en su versión original en español, en 1851 en Viena, esta obra tuvo gran resonancia en los medios científicos, beneficiándose así de una amplia difusión; fue traducida al inglés en 1855, luego al francés en 1859.

(16) Remitía a un plano levantado por el consul británico Pentland cuando pasó por la región en 1827.

(17) La referencia a los “baños del Inca en Chulucanas” podría haber sido tomada de Humboldt, quien los menciona en sus *Sites des Cordillères et monuments des peuples indigènes d’Amérique* (París, Schoel, 1810).

En la última parte de esta sección dedicada a las diferentes formas de arquitectura de la época inca, Jomard mostraba un particular interés por que se estudiase “científicamente” las técnicas de construcción empleadas por los incas: métodos de extracción de los materiales, modos de transporte y de levantamiento de estos enormes bloques de piedra descritos por los cronistas y viajeros; etc.

3. 1. 3. La “industria peruana”

Hasta aquí, las instrucciones de Jomard incluían solamente observaciones de superficie (reconocimiento de monumentos, levantamiento de planos, etc.); en este nuevo rubro dedicado a la “industria peruana”, el relator abordaba el tema de las excavaciones y la recolección de objetos:

“Hemos hablado de la costumbre que tenían los peruanos de conservar los cuerpos de sus antepasados en estado de momia. [...]. Las guacas o hipogeos donde se los puede encontrar hasta nuestros días están llenos de un gran número de objetos muy curiosos, porque nos instruyen sobre el grado en el que esta nación había puesto ciertas artes, y también sobre el lujo de la civilización. Abundan los vasos de toda clase, las herramientas, los instrumentos.” (Jomard, 1853: 85)

A través de esta frase de introducción donde recalca la importancia de los objetos para el estudio científico de las sociedades humanas, Jomard expresaba implícitamente la idea de que la mejor manera de procurarse testimonios de ese pasado era abrir las tumbas de los indios. Tumbas además tan numerosas que no valía la pena proporcionar nombres de lugares particulares (18). En cambio, la comisión describía las diversas facetas de las habilidades de los indios quechuas a fin de indicar a los viajeros los objetos más dignos de interés:

“Como es posible que los futuros viajeros descubran algunos de estas curiosas obras del arte peruano, todavía escondidas por los indígenas, no nos parece inútil dar una descripción de un pequeño número de ellas, según los historiadores de la conquista.” (Jomard, 1853: 86)

Desde luego, el relator describía en primer lugar algunas de estas realizaciones que habían suscitado la admiración de los conquistadores españoles y seguían haciéndolo con los etnógrafos europeos: los trabajos de orfebrería, las telas multicolores, los jarrones de barro cocido, etc. A través de algunos de sus comentarios, Jomard no ocultaba su fascinación por estas obras:

(18) Sin embargo, algunas páginas antes, cuando se trataba de los sitios donde se encontraban los edificios que sería interesante estudiar, Jomard añadía: “Habría que volver a explorar las ruinas de donde fueron sacados objetos materiales, interesantes para el estudio de las costumbres y la industria de los peruanos, objetos atribuidos a la época de los Incas pero que bien podrían remontarse a más atrás”. (Jomard, 1853: 73); mencionaba como nota “Surco, Malgarejo, Tchougou, Yucay, Angostura, Oruco, Quilia [Quilca], Bodegón [la Bodega], Huatquiga [Huadquiña]”. Todos estos sitios nos remiten nuevamente a los objetos obsequiados al Museo del Louvre por Angrand, en 1839 y 1850 (Riviale, 1996: 361).

“Los historiadores describen fuentes de oro, [...]. Se hace mención [...] de dos barreños tan grandes que en cada una cabría una res entera cortada en trozos.” (Jomard, 1853: 86-87)

No obstante el interés de los académicos por la “industria” de los antiguos peruanos, éste no se limitaba únicamente a estos objetos cuyo carácter elitista o sagrado no se le podía escapar a nadie; en consecuencia, Jomard abordaba a continuación toda la gama de objetos de aseo, las armas, utensilios de pesca y de tejido, herramientas, etc., en resumen, todo lo que podía dar testimonio de la vida cotidiana de estos pueblos desaparecidos.

Si bien Jomard insistía en la importancia de no despreciar ningún objeto, podemos notar sin embargo que las motivaciones científicas que justificarían la búsqueda de estas antigüedades casi nunca fueron claramente expuestas: el concepto de profundidad cronológica apenas si comenzaba a ser aceptado para su aplicación a las sociedades precolombinas (y veremos más adelante que este punto preocupaba a los académicos); la mayoría de los eruditos aún atribuían los vestigios peruanos más destacados únicamente a la civilización inca. Por esto, se admitía generalmente que toda información recogida en el terreno debía contribuir un poco más al conocimiento del mismo y único horizonte cultural. De esta manera, pese a que el relator aceptaba la idea que los “objetos atribuidos a la época de los Incas [pudiesen] remontarse a más atrás” (Jomard, 1853: 73), no hacía referencia alguna a la posibilidad de establecer una distinción cronológica entre los “artefactos” recolectados. A falta de responder a cualquier problemática de orden cronológico, se buscaban antigüedades ante todo por su carácter “documental”: en este sentido, esta exposición le daba a Jomard la oportunidad de expresar algunas preocupaciones específicas —en particular las referidas a las técnicas de fabricación (Jomard, 1853: 77) o al sistema de medidas de masa (Jomard, 1853: 88)—. Esta clase de preguntas no era completamente nueva, ya que figuraba en algunos libros de instrucciones generales como los de la *Société des Observateurs de l’Homme* (19) (de Gerando, 1800), o de la *Société Ethnologique* (20) (1841): sin embargo, cabe recalcar que estas preguntas se aplicaban a sociedades humanas desaparecidas y no a sociedades contemporáneas (ya fueran “civilizadas” o “primitivas”).

Esta focalización, un tanto restrictiva, en la función documental de las antigüedades autorizaba —y hasta imponía— su selección por parte de los arqueólogos: si bien se daba la mayor importancia al objeto etnográfico (en la medida en que era ilustrativo de una característica de alguna sociedad), a la inversa se consideraba que era inútil su repetitividad en una colección; lo que a su vez justificaba la práctica —común— de limitar la selección de las piezas a las que, según ellos, eran más “representativas”. Por

(19) Integrada por filántropos, filósofos, naturalistas, médicos y oficiales de la marina, esta sociedad, fundada en Francia en 1799, es probablemente una de las más antiguas en su género: además, se la considera a menudo como una “precursora” de la antropología cultural moderna.

(20) Fundada en París en 1839 por el naturalista William Edwards con la finalidad de desarrollar los estudios sobre las civilizaciones, tomando en cuenta conjuntamente los caracteres físicos, intelectuales y culturales de los individuos (en particular para identificar pueblos históricamente documentados).

esta razón, Jomard concluía este rubro dedicado a la “industria peruana” con las siguientes palabras:

“Esta larga enumeración dista mucho de ser completa, pero bastará para ayudar a los viajeros a seleccionar los objetos que deben traer para enriquecer nuestros museos.” (Jomard, 1853: 89)

En este sentido, se veía el museo como una suerte de “conservatorio” de la humanidad: con este propósito fue ideada la sección etnográfica del Museo Naval del Louvre (Férussac, 1831); también fue así como Jomard imaginaba lo que debió ser su Depósito de Geografía en la Biblioteca Real (Jomard, 1831; 1845). En efecto, el museo no podía ser un simple lugar de depósito donde los objetos estuvieran expuestos a la curiosidad del público, sino que más bien debía constituir un inmenso laboratorio de trabajo en el cual las colecciones (representativas de las más diversas sociedades humanas) estarían a disposición de los investigadores.

Esta parte del informe, dedicada a la arquitectura y otros vestigios materiales, es sin duda la más extensa. Sin embargo, muchos otros aspectos de esas sociedades precolombinas excitaban la curiosidad de los académicos: en el sexto punto, titulado “Algunas instituciones de los peruanos, nociones que poseían, lenguajes y razas”, Jomard abordaba cuestiones muy diversas que podrían agruparse dentro de dos rubros temáticos principales: en primer lugar lo que se refiere a los modos para contar, escribir y los lenguajes; en segundo lugar, lo que permitiría distinguir entre ellos los pueblos que ocuparon el Perú antes de la conquista.

3. 2. Sistemas de numeración y de escritura; lenguajes

Al iniciar este sexto punto, Jomard era de lo más escéptico en cuanto a la posibilidad de emprender estudios arqueológicos provechosos referentes a la Historia del Perú antiguo o a las antiguas religiones:

“Detalles sobre la historia y las tradiciones de los peruanos, sus religiones y sus prácticas, se encuentran por doquier. Es improbable que nuevas investigaciones puedan traer sobre estos temas aún oscuros otras luces que las que se deben a los historiadores de la conquista. [...]; por esta razón no pediremos que los viajeros hagan investigaciones que pudieran conciliar a los escritores entre ellos...” (Jomard, 1853: 78)

Esto significaba instaurar severos límites a la arqueología; pero ¿podía ser de otro modo, en la mitad de ese siglo XIX, cuando esta disciplina apenas estaba en sus albores? Al descubrir el secreto de los jeroglíficos unas décadas antes, Champollion había asentado ámpliamente la primacía de la escritura para el estudio del pasado. Atribuyendo entonces varias preguntas al papel tradicional de la disciplina histórica (la cronología de los soberanos por ejemplo), Jomard orientaba a los viajeros hacia la resolución de otros interrogantes. Recordando quizás la hazaña de Champollion (o sus propios trabajos sobre los jeroglíficos), el relator se preguntaba si los quipus eran solamente un modo de numeración, o si bien se trataba de una forma de escritura, tal como algunos científicos venían sosteniendo:

“Un tema de lo más curioso para la historia de la mente humana sería el estudio de los quipos; y ¿quién sabe si alguna circunstancia inesperada no revelara un día su misterio?” (Jomard, 1853: 80)

La cuestión de la existencia o no de una escritura inca seguía pendiente para Jomard, quien refería la afirmación del cronista Montesinos según la cual los incas habrían tenido en los primeros tiempos del Imperio un sistema de escritura muy desarrollado, que luego habrían abandonado, aconsejados por los sacerdotes. Además, es posible que según la concepción clásica que se tenía de la «civilización» Jomard haya considerado casi una aberración el hecho de que un pueblo tan avanzado como los incas no hubiera tenido una escritura, a semejanza de todas las grandes civilizaciones antiguas —tanto del Mediterráneo como del Cercano o Lejano Oriente—.

Es interesante notar que estas preguntas relativas a la escritura, a los métodos para contar y en términos más generales a todo lo que tiene que ver con la memoria colectiva, dieron a los académicos la oportunidad de examinar la posibilidad de utilizar los datos etnográficos de los pueblos modernos a fin de entender mejor el pasado. De ahí la siguientes indicaciones de Jomard:

“... La manera actual en que los indígenas cuentan merece ser examinada, sin tener en cuenta lo que importó la civilización española.” (Jomard, 1853: 81)

y también:

“... como existen tradiciones, se puede admitir que deben subsistir todavía restos de los antiguos cantos peruanos.” (Jomard, 1853: 83)

Estas recomendaciones son interesantes en razón de que el recurso a la investigación etnográfica con objeto de completar datos históricos aún era poco frecuente (21). Por otra parte, ello remite de modo implícito a la cuestión de la hilación entre las civilizaciones que se derrumbaron en el momento de la conquista española y los indios actuales. En efecto, en sus relatos, la mayoría de los viajeros usaban términos poco halagüeños para referirse a los indios contemporáneos, que consideraban apáticos, sin cultura y de poca inteligencia: otros tantos argumentos utilizados por los teóricos de la degeneración de las razas, o por autores deseosos de probar que los pueblos indígenas que se tenía a la vista no tenían ningún vínculo con la “raza civilizadora” y habían sido solamente una mano de obra servil sometida a una élite inca.

El último punto tocado en este rubro concernía al lenguaje: el relator de la comisión invitaba aquí a los viajeros a recoger información adicional sobre los diferentes idiomas citados por los autores:

“Las dos épocas de la historia peruana de las que hemos hablado corresponden a naciones y a lenguas distintas; la nación y la lengua aymara, la nación y la lengua quichua. Se hace mención de una lengua

(21) Sin embargo, no hay que exagerar la modernidad de algunas de las preguntas: en sus instrucciones para el viaje al Perú de Joseph Dombey, el abate Barthélémy escribía en 1776: “Nos han traído algunas de sus canciones. Habría que multiplicar su número porque sería posible encontrar en ellas algunos hechos característicos de la historia de estos pueblos o de su mitología” (Barthélémy, 1821-1822, IV: 434).

muy poco conocida que se habla en Lambayeque y que llaman ‘Yunga’ (22). [...] Hay además un pequeño grupo de individuos de una raza intermedia entre los Aymaras y los hombres de Chile, y que habla una lengua propia.” (Jomard, 1853: 84)

Este tema dio a Jomard la oportunidad de volver a tratar una cuestión abordada al principio de su informe: la de la ocupación del suelo peruano por varias poblaciones sucesivas.

3. 3. Características distintivas de las razas peruanas

A fin de lograr establecer las supuestas distinciones cronológicas y culturales al interior de la civilización peruana, los académicos proponían algunas pistas para guiar a los viajeros en sus investigaciones. Hemos visto anteriormente que Jomard partía del postulado según el cual el Perú había sido ocupado antes de la conquista por dos pueblos distintos: los aymaras y luego los incas o “quichuas”. Veremos, con las instrucciones de la Sociedad Antropológica, que en realidad no había unanimidad sobre la cuestión, e incluso era objeto de un animado debate. El relator exponía aquí algunas de las características de cada uno de estos pueblos, basándose principalmente en datos arquitectónicos:

“... en preciso dedicarse sobre todo a diferenciar las obras del arte antiguo o primitivo de las que sólo se remontan a la época de los incas; en ellas se nota un carácter de originalidad que no hay que desconocer. Uno de los distintivos del estilo antiguo es la complicación de los adornos, en los detalles innumerables [...] de la escultura arquitectónica. En las obras más recientes, no obstante una construcción muy esmerada, la decoración es mucho más sencilla.” (Jomard, 1853: 78)

Por otra parte, Jomard planteaba la cuestión del origen mesoamericano de algunos pueblos civilizadores del Perú: refiriéndose a construcciones de forma piramidal observadas en el Perú, se preguntaba si había que “atribuir a los toltecas la construcción de las pirámides peruanas” (Jomard, 1853: 77). Esta hipótesis no es nueva ni propia del autor de este cuestionario: la idea de una colonización de los Andes por grupos llegados de México (y en particular por los toltecas) es común en la literatura americanista del siglo XIX —y hasta del siglo XX—. En su *Lettre sur les antiquités de Tiaguanaco*, Angrand (1867) pensaba además que había probado definitivamente el origen tolteca de Tiahuanaco.

Para alimentar el debate, Jomard indicaba que el Dr. Morton, de Filadelfia, creyó haber reconocido en los cráneos de los antiguos aymaras “los restos de un pueblo tolteca llegado de México hacia el año 1050, en época de la invasión de los aztecas” (Jomard, 1853: 84-85); sin embargo, se apresuraba a expresar sus dudas en cuanto a esta afirmación, señalando que “los monumentos no confirman esta opinión” (Jomard, 1853:

(22) Jomard cita aquí a Balboa, pero conocía quizás el libro *Arte de la lengua Yunga*, escrito por Fernando de la Carrera en el siglo XVII, obra rarísima de la que el bibliófilo francés Ternaux-Compans poseía un ejemplar (adquirido en 1842 en la venta pública de la colección del diplomático Chaumette des Fossés).

85). Hay que recalcar que ésta es la única referencia a los datos proporcionados por la antropología física: luego, ya no se mencionará más ni se hará a los viajeros, en el marco de este cuestionario, ninguna recomendación relativa a la recolección de cráneos u otros vestigios humanos.

En resumen, ¿cuáles son las principales características de estas instrucciones? Ante todo, cabe señalar la gran erudición demostrada por los académicos: recordemos que, con excepción de Jomard, ninguno de los miembros de la comisión sobresalió jamás por su producción de estudios americanistas. Sin embargo, no es un hecho excepcional, por lo contrario: tal espíritu de curiosidad universal corresponde perfectamente a la época en que fue escrito este cuestionario. El ejemplo de la publicación en París de las *Antiquités mexicaines* de Guillermo Dupaix (1834-1836) (23) muestra cómo personalidades provenientes de medios muy diversos de la erudición eran capaces de movilizarse alrededor de un proyecto innovador y desempeñar un papel muy activo, por poco que se sintiesen implicados en el contenido de la obra. Al componer este extenso volumen de instrucciones, los académicos demostraban su capacidad de reflexión en una materia muy alejada de sus preocupaciones habituales. En algunos casos incluso, dieron muestras de originalidad y perspicacia, en particular cuando mencionaban la posibilidad de recurrir a la toponimia o a las investigaciones etnográficas para completar los datos históricos, o cuando prevenían a los viajeros contra una confianza exagerada en lo que decían los cronistas españoles y contra las comparaciones apresuradas entre el Viejo y el Nuevo Mundo:

“Al concluir este informe, debemos precaver a los viajeros que leerán los relatos de los historiadores contra la exageración de sus narraciones. Sólo hemos tomado de ellos lo que la crítica acordó reconocer como real. También haremos una observación más importante: es preciso cuidarse de comparaciones arriesgadas, como las que se hicieron entre los monumentos y las artes del nuevo mundo y las realizaciones del mundo oriental, comparaciones que no tienen otra base que similitudes y coincidencias fortuitas.” (Jomard, 1853: 90)

Si bien puede advertirse que la mejor parte se la llevaba la recolección de las antigüedades y el estudio de los monumentos, cabe señalar sin embargo que estas instrucciones abarcaban varios campos: los académicos manifestaron así su voluntad de enfocar esas sociedades desaparecidas de una manera global, es decir, interesándose por los más diversos aspectos que caracterizan una civilización. Nos parece que la misma disposición de ánimo debió prevalecer en algunos animadores de la futura *Société*

(23) El Capitán Dupaix había recibido del rey de España Carlos IV el encargo de explorar algunas ruinas de México descubiertas en el siglo XVIII. Los papeles y documentos reunidos por Dupaix durante sus exploraciones (entre 1805 y 1808) fueron encontrados 20 años después por el abate Baradère y llevados a Francia. Se reconoció de inmediato la importancia científica de estos documentos, lo que suscitó un movimiento de intensa emulación en ciertos medios eruditos (en particular en la *Société royale des Antiquaires de France* y en la *Société de Géographie de Paris*), los cuales se juntaron para proceder a una publicación anotada y comentada de los documentos de Dupaix y Castañeda. Si bien algunos de los comentaristas eran personalidades ya renombradas por su conocimiento del Nuevo Mundo (Warden, Humboldt), otros eran ante todo especialistas de las antigüedades clásicas o nacionales (Farcy, Lenoir).

d'Ethnographie Orientale et Américaine (de la que formarían parte algunos miembros de la presente comisión, tales como de Saulcy, Lenormant et Jomard). Hablaremos un poco más sobre esta sociedad en nuestras conclusiones.

No obstante, si bien estas instrucciones dan muestras de una notable erudición y de una gran diversidad temática, nos parece que pecan por ausencia de problemática y también porque descuidan los aspectos prácticos de la investigación: más que una respuesta a preguntas precisas, lo que se esperaba de los viajeros a quienes iban dirigidos estos textos era una recolección de objetos y datos de lo más variados. Los objetivos finales de este programa no aparecen muy claramente: ¿de qué manera tenían que ser utilizados los datos recogidos en el lugar mismo? en definitiva, de lo que se trataba principalmente ¿no era de llenar las vitrinas de los museos? Nuestra apreciación es ciertamente severa, ya que lo que los académicos tenían en mente era en primer lugar juntar el máximo de datos sobre comarcas y épocas de las que se sabía muy poco: los comentarios que se pueden recoger sobre proyectos de exploración en América Central y del Sur, formulados en la primera mitad del siglo XIX, concuerdan en describir esas regiones como “tierras vírgenes”, de las que no se sabía nada desde el punto de vista científico y donde “todo estaba por hacer”.

Cabe recordar, además, que Jomard era uno de los primeros teóricos de la etnografía material: había expresado, ya en el primer cuarto del siglo XIX, la importancia que era preciso atribuir a los objetos más usuales para comprender a los hombres que los habían producido (24). Para él, el objeto tenía por lo tanto un papel didáctico: si los testimonios de la industria humana ayudan al científico a comprender las sociedades de donde provienen, pueden también reflejar, para el visitante de museos, una imagen sintética de esta sociedad, de su nivel de “civilización” y de su sitio en la “escala humana”—por poco que estos vestigios estén útilmente ordenados—. También en esta fase debe intervenir el hombre de estudio; durante toda su vida Jomard abogó a favor de la utilidad de un museo etnográfico y en varias ocasiones pudo exponer sus puntos de vista personales acerca de este tipo de museo y del ordenamiento de las colecciones que requiere:

“Es en función de la naturaleza de las cosas, es decir, su uso y destino, cómo habría que distribuir las, y no de acuerdo al orden de los lugares y la clase de material. Se colocarían entonces unos a continuación de otros los objetos del mismo género usados por los diversos pueblos, subdivididos éstos según un orden geográfico constante.” (Jomard, 1831: 23)

Con este modo de presentación el espectador entendería “el uso y el destino [de los objetos], mejor que sólo con el discurso; los usos, hábitos y costumbres de los pueblos son así más fáciles de entender.” (Jomard, 1831: 31)

Se percibe de inmediato el impase en que iba a caer este tipo de etnografía: los estudios realizados por Jomard —y todos sus contemporáneos— se fundaban en

(24) Hamy (1989: 39) se refiere a un informe redactado en 1818 por Jomard para defender la causa de la museografía etnográfica; sin embargo, no fue él el único en pronunciarse en este sentido: su primer proyecto se enmarcó más bien en un movimiento de reflexión iniciado unos años antes, durante el cual el Barón de Férussac, Blosseville y Jomard iban a intercambiar ideas por intermedio de periódicos.

vestigios separados de su contexto de origen, sin datar (puesto que, en la mejor de las hipótesis, se consideraban dos épocas en la civilización peruana, cuyas extensiones cronológicas respectivas seguían siendo muy oscuras) y acompañados de datos generalmente erróneos (25). Los etnólogos y anticuarios de la época creían posible reconstruir el pasado de un pueblo con sólo tener ante los ojos algunos de sus vestigios materiales, como si éstos encerrasen secretos que bastaría descifrar para que la historia o las creencias de los hombres que los habían producido se revelasen a los científicos de gabinete que los estaban estudiando. En el contexto de recolección de datos que acabamos de mencionar, el resultado desemboca generalmente en una dudosa interpretación de vestigios sumamente diversos (tanto por su origen o su época como por su función), la mayoría de las veces sin ninguna relación entre ellos. Además, la confianza ciega que manifestaban los académicos en cuanto a las capacidades de los “arqueólogos” de campo para seleccionar los objetos más “significativos” contribuye también a explicar las divagaciones y los sinsabores de esta protoarqueología americanista.

¿Cuál fue la suerte de estas instrucciones? En lo que se refiere a su destinatario inicial, Maximilien Mimey, los resultados científicos de su estadía parecen haber sido nulos. Prueba de ello es el desagrado manifestado por Jomard 8 años más tarde, en una reunión de la *Société d'Ethnographie Orientale et Américaine* en 1861, en la que declaró: “... hasta ahora, no nos ha llegado nada de estos resultados” (Jomard, 1862: 133). Sin embargo, la presencia del arquitecto en el Perú está confirmada: permaneció allí en cuatro oportunidades, entre 1853 y 1888 y participó en diversas realizaciones importantes en Lima. No le conocemos ningún trabajo específico en el campo de la arqueología del Perú.

En cuanto a la aplicación que podría haberse hecho de estas instrucciones por parte de otros viajeros, queda en el campo de las conjeturas: en realidad, el carácter demasiado general de la mayoría de las recomendaciones hace imposible cualquier vinculación directa con investigaciones arqueológicas emprendidas posteriormente a su publicación por *l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*.

4. LAS INSTRUCCIONES DE LA SOCIÉTÉ D'ANTHROPOLOGIE DE PARIS

Las instrucciones publicadas en 1861 por la *Société d'Anthropologie de Paris* son fruto de un enfoque científico radicalmente diferente. Ya en sus inicios, la Sociedad (fundada en 1859 por el Dr. Broca) fue solicitada por algunos viajeros en busca de una dirección científica. A menos de diez años de fundada la Sociedad ya había publicado «instrucciones especiales» para Sicilia, Senegal, Sáhara y Sudán, el litoral del Mar Rojo, La Reunión, Brasil, México, Chile y Perú.

Fue en 1861 cuando las instrucciones para el Perú fueron compuestas a pedido de dos “correspondientes extranjeros” de la Sociedad, el Dr. Belisario Calonge, de Trujillo y el Dr. Telesforo León y Alba, de Lima.

(25) La mayor parte de los viajeros no recolectaban las antigüedades haciendo excavaciones ellos mismos, sino que, más cómodamente, las compraban a vendedores que inventaban algún cuento de acuerdo al precio pagado... Referente a este aspecto de la “arqueología” andina, ver Riviale, 1996.

A pesar de que fueron tres las personas encargadas oficialmente de redactar estas instrucciones (los Srs Martin de Moussy, Le Bret y Gosse), parece que son, en gran parte, obra de este último: Louis-André Gosse era un médico ginebrino que participaba en los trabajos de la Sociedad de Antropología de París en calidad de “miembro asociado extranjero” (desde febrero de 1860). Se ignoran las razones por las cuales Gosse estaba particularmente interesado en la América precolombina; no obstante, hay que reconocer la solidez de sus conocimientos sobre esta parte del mundo (26). Los otros dos protagonistas de esta comisión no eran, empero, neófitas en materia de americanismo: Martin de Moussy (27) se había hecho famoso en el mundo de la erudición a raíz de su largo viaje de estudio a América del Sur (en particular a Argentina y a la región de La Plata); en cuanto al Dr. Le Bret, había demostrado ya su interés por los pueblos de la América precolombina al publicar, unos años antes, un artículo sobre la “deformación artificial del cráneo en América” (Le Bret, 1853).

Las instrucciones para el Perú que publicó la sociedad de antropología ilustran un episodio del largo debate que movilizó a los antropólogos alrededor de la cuestión del poblamiento del Nuevo Mundo y, en términos más generales, de algunos puntos teóricos defendidos por diversas escuelas. La reconstitución del contexto científico en el cual se enmarcan estas instrucciones nos parece importante, ya que nos va a aclarar sobre las circunstancias que motivaron la mayoría de las preguntas —circunstancias que rara vez son explicitadas en el texto redactado por Gosse—.

En efecto, la concepción de este cuestionario aparece bajo un aspecto diferente si se toman en consideración dos textos que el Dr. Gosse escribió unos años antes: el primero, titulado *Essai sur les déformations artificielles du crâne* (publicado en 1855), el segundo, *Dissertation sur les races qui composaient la population antique du Pérou* (publicado en las *Mémoires de la Société d'Anthropologie* en 1861). El propósito de Gosse en estos dos textos era impugnar las tesis emitidas por Morton, de un lado, y por Rivero y Tschudi, de otro lado, en cuanto a la identificación de las razas que ocuparon el Perú antes de la conquista, a fin de demostrar la veracidad de sus propias teorías: Gosse afirmaba la existencia de una primera población civilizadora de origen asiático (los chinchas, en lugar de los aymaras de Morton), antes de la llegada de los incas, de origen tolteca. Igualmente, Gosse sostenía que las variedades observadas en las formas de los cráneos eran, antes que nada, consecuencia de deformaciones artificiales y no la ilustración de razas distintas.

Las instrucciones que los Drs Calonge y León y Alba pidieron representaron para Gosse una ocasión inesperada de verificar sus tesis. En realidad, el cuestionario consta de dos partes distintas: las “preguntas etnológicas y fisiológicas”, y las “preguntas médicas y patológicas.”

(26) Esta impresión está corroborada por una de sus cartas, dirigida al americanista Léonce Angrand, conservada en la Biblioteca nacional de Francia (legado Angrand).

(27) Su verdadero nombre era: Jean-Antoine-Victor Martin, llamado de Moussy (por referencia al lugar donde nació). Fue tal vez por su calidad de médico por lo que entró primeramente a la *Société d'Anthropologie*, antes de pasar en 1864 al *Comité d'Archéologie Américaine* (la sección americanista de la *Société d'Ethnographie Américaine et Orientale*). Antes de emprender el gran viaje a La Plata que le hizo famoso, ejerció la medicina durante varios años en Brasil y Paraguay.

Nos interesaremos solamente en la primera parte. Las “preguntas etnológicas” cabían en catorce puntos; los nueve primeros se referían a los pueblos prehispánicos y los otros cinco a los pueblos actuales. Nos ocuparemos más en particular de los nueve primeros puntos, empezando por los que corresponden a la antropología física, seguidos por los que tratan más propiamente sobre los aspectos culturales (28).

Las fuentes utilizadas (29) por los autores de este cuestionario son de tres tipos:

- cronistas de la época de la conquista y de la colonia (Acosta, Balboa, Zárate, Cieza de León, Garcilaso de la Vega);
- viajeros (L. Angrand, J.B. Pentland, F.J. Meyen, W. Bollaert, A. d’Orbigny, E. de Rivero y J.J. von Tschudi, F. de Castelnau);
- científicos de gabinete, autores de artículos u obras sintéticas (F. Denis, E. Desjardins, S.G. Morton, P.F. Bellamy, A. Retzius).

4. 1. La identificación de las razas indígenas del Perú

4. 1. 1. Origen de la “raza civilizadora” de Tiahuanaco

Las tradiciones y los estudios de los arqueólogos concordaban en hacer remontar los impresionantes vestigios de Tiahuanaco (cerca del lago Titicaca) a una época anterior a la de la dominación inca, dando a entender que hubo una primera “raza civilizadora” mucho antes de los incas. D’Orbigny, Pentland y Morton atribuían estos monumentos a una raza específicamente americana (los aymaras); Gosse, por su parte, se había empeñado en demostrar en los textos mencionados arriba (Gosse, 1855; 1861a) que esta raza civilizadora era la de los chinchas, de origen asiático. En sus instrucciones, Gosse notaba que varios viajeros habían señalado la existencia, al sur del Perú, de estatuas que representaban personajes de cráneos braquicéfalos y ojos oblicuos, y en las cuales veía el retrato de los primeros civilizadores:

“Todos estos caracteres nos recuerdan los bajos relieves toltecas (30) del Yucatán y Guatemala; nos parece que presentan más analogía con el cráneo de los antiguos Chinchas e incluso de los japoneses modernos, que es braquicéfalo, [...] que con el de los quichuas o los aymaras antiguos y modernos, que es dolicocefalo” (Gosse, 1861b: 89).

Pedía entonces que se buscasen en los alrededores de Tiahuanaco otras estatuas susceptibles de aclarar este punto. Además, concluía esta primera pregunta recalando

(28) Cabe señalar que no siempre hemos respetado el orden de las preguntas, sino que preferimos agruparlas por temas a fin de entender mejor el contenido global de estas instrucciones.

(29) Aunque algunos de estos autores no se mencionan claramente en el cuestionario, se traslucen implícitamente a través de ciertas alusiones de Gosse. Corrobora esta impresión el hecho de que Gosse cita a estos mismos autores en sus escritos anteriores: se trata de Cieza de León, Pentland, Morton, Retzius y Bellamy.

(30) En otro texto, sin embargo, Gosse (1855: 115) decía que la forma del cráneo de los incas “se parecía a la de los toltecas”. Es un ejemplo de las incoherencias en la argumentación que encontramos a veces en los escritos de Gosse y que hace que para un lector de hoy resulte difícil entender su lógica.

la importancia documental de este sitio: “es todo un museo etnológico (31) que está enterrado bajo las ruinas de Tiahuanaco y que sólo espera ser explotado.” (Gosse, 1861b: 90)

4. 1. 2. *Origen y caracteres físicos de la familia de los incas*

Al referirse a Morton (1839) Gosse, en su *Essai sur les déformations artificielles...*, había asociado la forma del cráneo de los incas a la de los toltecas. Posteriormente, la autenticidad incaica de los cráneos ilustrados por Morton fue cuestionada por Rivero & Tschudi (1859: 48), quienes sostenían que las únicas momias de estirpe real conocidas habían sido enterradas en el patio de un hospital de Lima (San Andrés) (32). Turbado por esta acotación, Gosse finalmente pensó que la verdadera forma del cráneo de los incas aún no se conocía y recomendó a los médicos que hicieran excavaciones en el hospital mencionado por Rivero:

“Es por lo tanto muy deseable que se inicien investigaciones, asegurándose previamente del lugar donde fueron enterradas las momias reales y luego haciendo excavaciones en trincheras, en diversos puntos de este sitio.” (Gosse, 1861b: 91)

4. 1. 3. *Búsqueda de cráneos representativos de la población presente en el Cuzco en el momento de la llegada de los incas*

De igual modo, en el tercer punto, Gosse invitaba a los médicos a buscar cráneos representativos de la antigua población de la región del Cuzco colonizada por los incas: según las observaciones hechas por Meyen (un viajero alemán) sobre un cráneo encontrado en el Cuzco, se trataba de una raza cuyo cráneo “caucasiano y dolicocefálico” no sólo se diferenciaba claramente de las demás formas encontradas en el Perú, sino que parecía aproximarse a las “formas del cráneo árabe” (Gosse, 1861b: 91). Gosse daba la mayor importancia al estudio de esta raza, pues tenía la esperanza de encontrar ahí la clave de las tradiciones ancestrales y observaciones hechas sobre algunas esculturas, que hacían suponer la existencia de individuos barbudos en esta región. Teniendo en cuenta que “una sola muestra no basta para sacar conclusiones relativas al resto de la población” (Gosse, 1861b: 91), se pedía, por una parte, recoger varios especímenes de “este tipo normal de la raza que vivía en las mesetas en el momento de la llegada de los Incas” (Gosse, 1861b: 92) y, por otra parte, hacer una copia “o mejor aún una fotografía” de estas esculturas que representan a hombres barbudos, vistos por Castelnau en la Calle de los Triunfos, en el Cuzco. (Gosse, 1861b)

(31) El adjetivo es empleado aquí en el sentido francés del término “etnología”, tal como lo era generalmente en el siglo XIX, es decir “ciencia de las razas”, distinto por lo tanto de la acepción actual de la palabra (antropología cultural).

(32) Resulta interesante señalar que la polémica sería reactivada 15 años más tarde, después del descubrimiento en 1876 de varios esqueletos en las paredes de este hospital, descubrimiento que iba a dar mucho que hablar en la prensa peruana de la época (*La Patria; La Opinión Nacional; El Siglo; El Ferrocarril del Cuzco*; etc.): José Toribio Polo y Teodorico Olaechea son algunos de los eruditos peruanos que opinaron sobre el tema.

4. 2. ¿Especificidad de las razas peruanas? Estudio de sus anomalías de conformación: ¿estado natural o herencia de caracteres accidentales?

A continuación de estas tres preguntas referentes a la identificación de las principales razas del Perú prehispánico, otras tres preguntas —también de orden antropológico— colocaban el debate a un nivel a la vez más técnico y más teórico.

4. 2. 1. Herencia de las deformaciones craneanas

En su obra sintética sobre las antigüedades peruanas Rivero & Tschudi quisieron demostrar la especificidad de las razas peruanas, fundamentando su demostración en dos argumentos: primero, el origen natural de la mayoría de las formas de cráneos observadas en el Perú (y no debido a deformación artificial); segundo, la existencia de una sutura transversal en la región occipital de los cráneos peruanos. Para sustentar su primera aserción, estos dos autores alegaban que la práctica de las deformaciones artificiales estaba prohibida y abandonada desde hacía 300 años y que, a pesar de ello, se observaban las mismas formas de cráneos en algunas regiones del Perú.

Por su parte, el Dr. Gosse estaba convencido de la importancia del papel de las deformaciones intencionales en las formas de los cráneos: en su *Dissertation sur les races... du Pérou*, había tratado de explicar esta hipotética permanencia de particularidades peruanas por la transformación de características accidentales (causadas por las deformaciones) en caracteres hereditarios (Gosse, 1861a: 162). Cuando expuso su idea ante la *Société d'Anthropologie* (en diciembre de 1860), Gosse fue atacado enérgicamente por Broca, Gratiolet y Périer conjuntamente, por la debilidad de sus argumentos: Pierre-Louis Gratiolet, en particular, había refutado esta tesis de la herencia al declarar que la misma ponía en tela de juicio el concepto de permanencia de los caracteres específicos de cada raza (uno de los dogmas directivos del poligenismo) —ya que las deformaciones intencionales hubieran podido, según Gosse, enmarcarse en lo que llamaba “el plan del organismo”— (33) (Gosse, 1860: 554). En su *Anatomie comparée du système nerveux*, Gratiolet ya se había opuesto a la teoría hereditaria de Gosse, al emitir la idea según la cual “la mayoría de las deformaciones artificiales del cráneo tienen la finalidad de destacar algunos caracteres propios de la raza y por lo tanto admirados por ella” (Gratiolet, 1839-1857: 319).

Gosse se había defendido entonces, señalando que en muchas sociedades sólo los hombres eran objeto de deformaciones craneanas: ahora bien, sostenía que, para que los caracteres accidentales se conviertan en hereditarios, las deformaciones tenían que ser practicadas tanto en hombres como en mujeres; lo que habría sido el caso en el Perú, según lo afirmaba él. Fue a raíz de esta polémica que Gosse hizo una doble recomendación a sus correspondientes: en primer lugar, determinar con exactitud la naturaleza de las deformaciones observadas en los cráneos extraídos de las tumbas antiguas (Gosse indicaba algunos lugares particularmente propicios para estas recolecciones (34) y luego, verificar si estas deformaciones eran practicadas solamente en individuos de sexo

(33) Como diríamos hoy “inscribirse en los genes”.

(34) Trujillo; Lurín; el altiplano del sur del Perú.

masculino; en segundo lugar, verificar si las mismas deformaciones específicas del cráneo se observaban en los descendientes actuales de estas antiguas razas (chinchas; aymaras; conibos), y cerciorarse de que la costumbre de deformar los cráneos de los recién nacidos no existía aún. Con esta finalidad, Gosse adjuntaba un ejemplar de su *Questionnaire relatif aux déformations artificielles du crâne* —el mismo que había comunicado en 1855 a la *Société de Géographie de Paris*—.

4. 2. 2. *Observaciones de las suturas craneanas*

El segundo argumento utilizado por Rivero & Tschudi para probar la especificidad de las razas peruanas consistía, como hemos visto, en afirmar la existencia sistemática de un hueso intraparietal distinto, ocasionando una sutura occipital imperfecta (Gosse, 1861a: 154). Una vez más Gosse había refutado, ante los miembros de la sociedad, el carácter natural de esta anomalía osteológica, afirmando que era otra consecuencia de las deformaciones artificiales. El Dr. Broca se había preguntado entonces cuál era la frecuencia de esta anomalía: en el caso de que hubiera una repetitividad comprobada del fenómeno entre los peruanos, ello constituiría un hecho significativo que probaría el carácter distintivo de estas poblaciones; en consecuencia, el secretario general de la sociedad había manifestado su desaprobación a Gosse por minimizar la importancia de la cuestión (35). Se entiende mejor por lo tanto por qué el médico ginebrino recomendaba a sus colegas peruanos que procedieran a un examen minucioso del occipucio de las momias y esqueletos antiguos, a fin de comprobar la existencia de esta sutura. A este pedido Gosse añadía esta advertencia expresa: “tendrán cuidado de señalar, en un número dado de cráneos, cuántas veces se presenta el fenómeno.” (Gosse, 1861b: 99)

4. 3. Interpretaciones de los hechos culturales

Si bien los interrogantes tocantes específicamente a la antropología física se llevaban la mejor parte de este cuestionario, la etnografía, sin embargo, no fue por ello olvidada: en efecto, algunas de las preguntas formuladas por el Dr. Gosse recurrían a la interpretación de hechos culturales.

4. 3. 1. *Estudio de los distintos modos de inhumación*

Entre los medios seleccionados para identificar las diversas poblaciones que ocuparon el Perú antes de la conquista, las observaciones que algunos viajeros hicieron referente a los modos de inhumación parecían constituir una pista interesante; ya en su *Dissertation sur les races... du Pérou*, Gosse citaba el viajero alemán Meyen quien aseveraba que:

(35) Esta cuestión del “hueso epactal” sería tratada nuevamente unos años más tarde por el Dr. Jacquart, naturalista ayudante del *Muséum d’Histoire naturelle de Paris*, quien demostraría, después de estudiar las colecciones craneológicas del museo, que este hueso, además de ser muy infrecuente, no era de ningún modo específico de los sujetos peruanos: de 2000 cráneos analizados sólo lo observó en 16 de ellos, de los cuales uno solo era peruano (*Bulletin de la Société d’Anthropologie de Paris*, 1865: 721).

“... las momias del altiplano tenían la cabeza volteada hacia el mar Atlántico y su modo de conservación correspondía al de los guanches [de las islas Canarias], mientras que al oeste de los Andes, la cabeza de las momias estaba volteada del lado del mar Pacífico.” (Gosse, 1861a: 161)

Hay que señalar que fue probablemente en esta misma observación etnográfica en la que Retzius se había apoyado para establecer una relación entre americanos dolicocefalos y “Guanches”, por una parte, y por otra, entre braquicefalos de América, Asia y los mares del Sur (Retzius, 1860: 264-267). Sin embargo, Gosse advertía a los arqueólogos contra las interpretaciones apresuradas, haciendo hincapié en el hecho de que las tumbas antiguas pudieron ser reutilizadas en varias épocas: a fin de “... distinguir lo que pertenece a los constructores [...] de los despojos de los que, más tarde, usurparon el domicilio” (Gosse, 1861b: 94). Recordaba entonces que para establecer esta distinción: “... no hay que despreciar ningún indicio, ni siquiera los más insignificantes y sobre todo tomar en consideración las telas, utensilios, adornos o amuletos propios de cada época.” (Gosse, 1861b: 95); citaba como ejemplo la manera merced a la cual el cónsul Léonce Angrand pudo determinar la presencia de objetos posteriores a la conquista, al interior de una tumba antigua: “Había encontrado pedazitos de paños de lana cuya tela indicaba un origen europeo...” (Gosse, 1861b). Esta advertencia no era una simple precaución de orden metodológico: en efecto, fue con esa tesis del reemplazo de las tumbas como Gosse había reforzado su idea, en su *Essai sur les déformations artificielles du crâne*, según la cual los Aymaras —raza “bárbara”, de cráneo deformado hacia atrás— no eran los arquitectos de las imponentes tumbas observadas en las inmediaciones del lago Titicaca (tumbas que fueron construidas, según él, por individuos “de cabeza normal o achatada en la parte posterior”; cf. Gosse, 1855: 117-118). Gosse sostenía la idea según la cual las deformaciones craneanas tenían una incidencia en las capacidades intelectuales; por lo tanto, estaba seguro de que los individuos (los aymaras) de cráneo deprimido, “frente inclinada hacia atrás”, hubieran sido incapaces de realizar tales obras arquitectónicas.

4. 3. 2. *Modo de conservación de los cuerpos*

De la misma manera, el estudio de los modos de preparación de los cadáveres, con el propósito de asegurar su conservación, podía representar un medio para establecer distinciones sociales dentro de una misma población: algunos autores (36) aseveraban que sólo los altos dignatarios y sacerdotes eran objeto de un embalsamamiento, mientras que en la mayoría de los casos la conservación de los tejidos humanos se debía a una desecación natural de los cuerpos. Por lo tanto, Gosse recomendaba que se asegurasen del hecho, procediendo a un minucioso análisis de las momias encontradas durante las excavaciones: “las excavaciones del valle de Lurín, cerca del templo de Pachacamac, son las que nos parecen ofrecer más posibilidades de éxito.” (Gosse, 1861b: 96)

(36) No precisa sus fuentes.

4. 3. 3. *Lenguaje y escritura*

La última pregunta de orden etnográfico formulada por el Dr. Gosse tenía por objeto interesarse por el lenguaje y los hipotéticos modos de escritura utilizados por los antiguos peruanos. Tampoco aquí su interés por el tema era gratuito, ya que lo reubicaba en función a sus propias preocupaciones etnológicas:

“Las lenguas, y sobre todo las lenguas escritas, ofrecen a menudo un valioso recurso que permite establecer vinculaciones entre pueblos o razas muy distantes los unos de los otros. En el Perú, hasta ahora, no se ha podido aplicar est método de investigación por falta de documentos gráficos duraderos...” (Gosse, 1861b: 104).

Gosse indicaba algunas orientaciones de investigación tomadas de los cronistas (d’Acosta; Balboa) y de observaciones de viajeros (Rivero & Tschudi, Bollaert):

- la existencia o inexistencia de relieves jeroglíficos en los monumentos:

“Los monumentos de la costa norte del Perú y de Tiahuanaco, a pesar de que presentan analogías arquitectónicas sorprendentes con los monumentos de Centro América, y en particular con los del Yucatán y Guatemala, parecen diferenciarse de ellos por la ausencia de jeroglíficos en relieve, por lo menos en las partes descubiertas hasta ahora. Quizás tal ausencia deba atribuirse a excavaciones ejecutadas superficialmente y con otra finalidad, o bien a la naturaleza de los materiales empleados en las construcciones.” (Gosse, 1861b: 104-105)

- referencia a cilindros de madera utilizados como soportes de textos escritos por los incas:

“No se sabe cuál fue el destino de este documento curioso, pero es posible que se llegue a descubrir otros iguales en algún subterráneo del templo, palacio o fortaleza del Cuzco, o bien en alguna huaca desconocida, y semejante descubrimiento podría conducir al origen de esta familia.” (Gosse, 1861b: 106)

- signos grabados sobre las rocas al sur del Perú, que hacen recordar “las inscripciones figuradas y toscas, como las hay en varias partes del mundo, entre las naciones salvajes de la antigüedad” (Gosse, 1861b: 105). El estudio de estos signos era muy importante para Gosse, más aún porque podría tal vez “llevar a la solución del problema etnológico, es decir: el origen polinesio u oriental y septentrional de las poblaciones primitivas de esta región” (Gosse, 1861b: 106) —lo que, desde luego, contribuiría a probar las teorías migracionistas propuestas por el médico ginebrino—...

¿Dieron resultados las recomendaciones arqueológicas y antropológicas del Dr Gosse? Habría motivos para dudar de ello en razón de que en ningún boletín posterior de la Sociedad se hizo referencia a eventuales resultados, ni siquiera a la aplicación de estas instrucciones por parte de sus destinatarios peruanos. Juan Comas, quien reeditó estas instrucciones, manifiesta que no pudo averiguar si había en el Perú documentos referentes a cualquier actividad arqueológica de estos dos médicos (Comas, 1960: 361). Por nuestra parte, no hemos encontrado aún indicios susceptibles de informarnos sobre sus actividades en esta materia. Sólo sabemos que poco tiempo después de su retorno

al Perú, el Dr. León y Alba realizó en Paita una “operación audaz” (según el periódico *El Sol de Piura* del 10 de octubre de 1861), para luego instalarse definitivamente en esta ciudad; en cuanto a su colega, el Dr. Calonge, no se sabe casi nada de él.

Empero, resulta instructivo señalar que en 1875, cuando el ministerio de Instrucción Pública encargó de una misión arqueológica para el Perú a Paul Pradier-Fodéré (37), Alexandre Bertrand —encargado de proponerle algunas orientaciones de investigación— remitió este último a la lectura de las instrucciones etnológicas del Dr. Gosse —poniendo especial énfasis en las preguntas de orden etnográfico (esculturas de Tiahuanaco; petroglifos del Sur del Perú; etc.)—. Nos parece que esta anécdota ilustra a la vez la discontinuidad que se puede constatar entre 1860 y 1875 en las investigaciones arqueológicas emprendidas oficialmente por Francia en el Perú, y la ausencia de renovación de las problemáticas antropológicas y etnográficas relativas al área andina, hasta el último cuarto del siglo XIX. Además, ¿no es acaso lo que había declarado, en respuesta a la solicitud de instrucciones que le hacía el ministerio?: “Por lo tanto es imposible darle más indicaciones que no sean generales. Por otra parte, para entrar en detalles se necesitaría un conocimiento de las antigüedades del Perú que muy pocas personas poseen en Francia.” (38)

5. CONCLUSIÓN

La lectura de estas diversas instrucciones científicas redactadas sucesivamente entre los siglos XVIII y XIX, nos da una idea de la evolución de la imagen que en Francia se tenía del Perú prehispánico, de las preguntas planteadas y de los diferentes medios considerados para contestarlas. Las primeras instrucciones del siglo XVIII y del inicio del siglo XIX nos dejan entrever claramente las lagunas abismales en el conocimiento que se podía tener de la historia del Perú de antes de la conquista, al mismo tiempo que expresan la necesidad de saber más sobre el tema, así como los grandes interrogantes a los que los científicos de la época se veían confrontados: vemos por ejemplo cómo en las instrucciones de Barthélémy se asoma la duda crítica hacia las fuentes españolas o criollas que el estudio científico (por medio de mediciones, levantamiento de planos, etc.) y razonado (por la observación) podría subsanar. Aunque Barthélémy y Jomard pertenecen a dos generaciones distintas, nos sentimos llevados a pensar que existe cierto parentesco entre las preocupaciones y el tipo de preguntas de ambos: ¿será acaso porque pertenecían a una misma tradición erudita? tradición que, a mediados del siglo XIX, se veía confrontada —por lo menos en algunos campos de la ciencia humana— con la tradición naturalista, cuya influencia en la práctica de algunas disciplinas científicas había crecido considerablemente. Esta discrepancia está claramente sobrentendida en los dos últimos libros de instrucciones mencionados en el presente artículo. En efecto, no hay duda de que sus contenidos respectivos corresponden a una organización y a unos

(37) Paul Pradier-Fodéré, profesor de Derecho, fue contratado en 1874 por el Gobierno peruano para fundar una facultad de ciencias políticas y administrativas. El año siguiente, a raíz de un cúmulo de circunstancias, el ministerio francés de Instrucción Pública le encomendó una “misión histórica y arqueológica en el Perú” (Riviale, 1996: 126).

(38) Carta de A. Bertrand al ministerio de Instrucción Pública (22 de abril de 1875). Arch. Nac. París, F 17 2999 (carpeta Pradier-Fodéré).

objetivos diametralmente opuestos: los miembros de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, autores de las instrucciones destinadas a M. Mimey, razonaban antes que nada en términos de “civilizaciones”; se formulaban preguntas sobre la naturaleza de las sociedades nativas del Nuevo Mundo, su modo de organización, el grado de avance de sus artes e industria, etc. Edme Jomard, probable autor principal de este cuestionario, hacía hincapié en el estudio de la “industria” indígena y, por lo tanto, en la recolección de vestigios susceptibles, según pensaba, de contestar en gran parte estos diversos interrogantes.

Por su parte, los autores del segundo cuestionario pensaban mucho más en términos de “razas”: al apartar de sus propósitos cualquier interrogante sobre la noción de civilización y al ubicarse en una perspectiva muy polémica, el Dr. Gosse muestra claramente que se interesaba antes que nada en la cuestión del poblamiento de los Andes: ¿cuál era la distribución de los pueblos que ocuparon el Perú antes de la conquista española y cuáles son los vínculos que se pueden establecer con otras áreas geográficas? Sus preocupaciones etnológicas, definitivamente orientadas hacia la etnogenia, son el fiel reflejo de sus trabajos en la *Société d'Anthropologie de Paris* (39): en este sentido, estas instrucciones se enmarcan perfectamente en los principales debates que animaron la Sociedad durante esos años. Sin embargo, como hemos visto Gosse vio en ellas el medio —apenas velado— de reunir argumentos decisivos a favor de sus teorías personales.

La gran diferencia que existe entre estas dos concepciones de la investigación arqueológica constituye una ilustración particularmente esclarecedora de la situación del americanismo a mediados del siglo XIX: en esa época —y hasta fines del siglo— no existía, propiamente hablando, una comunidad científica dedicada específicamente al estudio del Nuevo Mundo. Las investigaciones referidas a las sociedades precolombinas las realizaban personas de formación muy distinta, en función de objetivos muy diversos y sin el menor intento de cohesión entre sus métodos de trabajo respectivos. En consecuencia, los estudios americanistas se realizaban en diferentes frentes sin que se pudiera constatar un verdadero “seguimiento” o alguna ligazón entre ellos. En efecto, los dos cuestionarios referidos son, en primer lugar, el reflejo de las preocupaciones personales de sus autores (Jomard y Gosse, respectivamente), pero presagian también y sobre todo el abismo que iba a separar en Francia, durante toda la segunda mitad del siglo XIX, por un lado a los principales protagonistas de la etnografía (los mismos que integrarían mayoritariamente la *Société d'Ethnographie Américaine et Orientale* (40), y por otro a los de la antropología física (representados aquí por la *Société d'Anthropologie de Paris*). Esta oposición radical en la concepción y objetivos de los estudios relativos a las sociedades humanas iba a expresarse de manera particularmente acalorada cuando la sociedad de etnografía iniciara, en 1865, la publicación de un libro de “instrucciones

(39) A pesar de que Gosse y Broca tuvieron ideas muy divergentes (el primero era monogenista) y se enfrentaron duramente en las discusiones que precedieron la publicación de las instrucciones, Broca nunca dejó de mencionar las investigaciones de Gosse cuando se trataba de referirse a los trabajos de la *Société d'Anthropologie de Paris* (Broca, 1875: 136; 1989: 425).

(40) Fundada en 1859 —el mismo año que su gran rival, la *Société d'Anthropologie*— alrededor de Léon de Rosny, Edme Jomard, Jules Oppert, Ernest Renan, etc.

etnográficas”: el esbozo de un “esquema preparatorio” propuesto por Charles de Labarthe (en 1865) fue severamente criticado por contener demasiadas preguntas de índole antropológica; el debate que siguió a la lectura de este programa de estudios de investigaciones culminó nada menos que con su rechazo. En el transcurso de esta discusión, Léon de Rosny reafirmó los límites entre los cuales debían mantenerse los trabajos de la Sociedad de Etnografía e insistió en la clara distinción que había que establecer entre la antropología, “ciencia natural”, y la etnografía, “ciencia del destino humano” (*Actes de la Société d’Ethnographie, 2e série, I, 1865: 161*). Unas décadas más tarde, las posiciones de Rosny y de sus compañeros no habían variado: durante el segundo congreso internacional de ciencias etnográficas (que tuvo lugar en París en 1889) este último hizo aprobar una moción que precisaba que:

“... la etnografía es la ciencia de las civilizaciones. En otras palabras, la etnografía es el estudio de la evolución intelectual de las sociedades humanas, mientras que la antropología, calificada de historia natural del hombre, trata del hombre individual y de las razas de hombres desde el punto de vista zoológico” (41).

Por su parte, Broca (líder de la sociedad de antropología) atribuía también tareas distintas a estas diferentes disciplinas:

“La antropología es la historia natural del hombre. Se divide en dos grandes ramas: la primera, relativa al género humano, [...] es la antropología general; la segunda, relativa a las variedades conocidas bajo el nombre de *razas humanas*, es la antropología especial o *etnología* [...]. En cuanto a la *etnografía*, es inseparable de la etnología, resultándole indispensable ya que le proporciona todos sus materiales” (Deniker, s.f.: 648).

Ciencia ante todo descriptiva, la etnografía debía contribuir, según Broca, al estudio “de los pueblos, es decir, a las subdivisiones de la humanidad, basadas en la unidad de las lenguas, costumbres e instituciones sociales” (Deniker, s.f.). Para él, sin embargo, el elemento más seguro para realizar esta gran obra científica que era la clasificación de las razas y pueblos, era el elemento físico. En efecto, consideraba que el objetivo primordial de la antropología era el subdividir el grupo humano “en grupos secundarios claramente definidos y tan naturales como fuera posible; se trata de hacer que esta división se apoye en lo más fijo de la organización del hombre, en lo que más resiste a las influencias capaces de modificar el individuo o la raza. Ahora bien, no se puede negar que los caracteres físicos son los más permanentes y que, por lo tanto, es preciso darles la preferencia” (Broca, 1989: 25).

Esta brecha que separaba las disciplinas y se extendía a gran parte de la actividad investigadora desarrollada en Francia sobre el hombre (como individuo o en sociedad), también iba a repercutir, desde luego, en los estudios americanistas y tener consecuencias sobre el tipo de estudio realizado en el terreno y la manera de interpretar los datos recolectados. En definitiva, fue recién con la instauración del sistema de los congresos de los Americanistas (llevados a cabo cada dos años en París a partir de 1875) cuando comenzó a surgir una reflexión común a escala internacional sobre las civilizaciones

(41) Citado por Rosny, 1900: 27.

antiguas del continente americano, con lo cual el modelo francés iba a mezclarse con otros modelos científicos mediante su confrontación con los mismos. En el plano institucional, la creación en París de la *Société des Américanistes* en los últimos años del siglo XIX señala, a nuestro parecer, una nueva etapa del americanismo, caracterizada por una menor radicalización de las divisiones anteriores. Una prueba de ello sería la relativa fusión de los géneros que se puede constatar en el seno de esta sociedad desde su fundación; efectivamente, ahí se reunían naturalistas, historiadores, filólogos, etnógrafos, exploradores, grupos que hasta ese entonces no siempre vivían en armonía...

En este sentido, las instrucciones que acabamos de analizar corresponden a una fase del americanismo que podríamos calificar de “heroica” —fase en la que fueron elaboradas, la mayoría de la veces a partir de elementos poco consistentes, las primeras tentativas de reconstrucción “científica” del pasado precolombino de las civilizaciones amerindias—.

Referencias citadas

- ANGRAND, L., 1867 - *Antiquités américaines. Lettre sur les antiquités de Tiaguanaco et l'origine présumable de la plus ancienne civilisation du Haut Pérou*; Paris: Impr. de La Claye.
- BARTHÉLÉMY, J.-J., 1821-1822 - Instructions pour M. Dombey, sur son voyage au Pérou. In: *Oeuvres complètes*, vol. 4: 432-434; Paris: A. Belin.
- BLANCKAERT, C., 1989 - L'indice céphalique et l'ethnogenie européenne: A. Retzius, P. Broca, F. Pruner-Bey (1840-1870). *Bulletins et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, n.s., **1 (3-4)**: 165-202.
- BROCA, P., 1875 - Sur une momie de foetus péruvien et sur le prétendu os de l'Inca. *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, **VI**: 133-139.
- BROCA, P., 1989[1871] - *Mémoires d'anthropologie*, 367p.; Paris: Jean-Michel Place. Édition facsimilé, préface de Claude Blanckaert.
- CABELLO CARRO, P., 1989 - *Coleccionismo americano indígena en la España del siglo XVIII*, 191p. ; Madrid: Ed. de Cultura Hispánica.
- CAYLUS, Comte de, 1764 - Examen d'un passage de Pline dans lequel il est question de la pierre obsidienne. *Mémoires de littératures, tirés des registres de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, **30**: 457-502; Paris.
- COMAS, J., 1960 - El centenario de las primeras instrucciones para la investigación antropológica en el Perú: 1861. *Revista del Museo Nacional*, Lima, **XXX**: 331-362.
- CORTAMBERT, E., 1854 - Instructions à M. de Saint-Cricq. *Bulletin de la Société de Géographie de Paris*, **4ème série**, **7**: 404-406.
- DENIKER, J., s.f. - Definición del término “ethnographie”. In: *La Grande encyclopédie, Inventaire raisonné des sciences, des lettres et des arts*, tome 16: 648-649; Paris: Société anonyme de la Grande encyclopédie.
- DUPAIX, G., 1834-1836 - *Antiquités mexicaines*; Paris: Au Bureau des Antiquités Mexicaines, 2 vol.
- FERUSSAC, Baron de, 1831 - Sur le projet d'un Musée ethnographique. *Bulletin des Sciences Historiques (6ème section du Bulletin Universel)*, **18**: 393-409.

- GERANDO, J.-M. de, 1800 - *Considérations sur les diverses méthodes à suivre dans l'observation des peuples sauvages*; Paris: Société des Observateurs de l'Homme.
- GOSSE, L.-A., 1855 - *Essai sur les déformations artificielles du crâne* (extrait des Annales d'Hygiène Publique et de Médecine Légale 2ème série, tomes III et IV, 1855); Paris: J.B. Baillière.
- GOSSE, L.-A., 1860 - Sur les anciennes races du Pérou. *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, **I**: 549-557.
- GOSSE, L.-A., 1861a - Dissertation sur les races qui composaient l'ancienne population du Pérou. *Mémoires de la Société d'Anthropologie*, **I** (1860-1863): 149-176.
- GOSSE, L.-A., 1861b - Questions ethnologiques et médicales relatives au Pérou. *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, **II**: 86-113.
- GRATIOLET, P.-L., 1839-1857 - *Anatomie comparée du système nerveux considéré dans ses rapports avec l'intelligence*; Paris: J.B. Baillière, 2 vol.
- HAMY, E.-T., 1841 - Instructions générales adressées aux voyageurs. *Mémoires de la Société Ethnologique*, **I**: VI-XV.
- HAMY, E.-T., 1905 - *Joseph Dombey médecin, naturaliste, archéologue, explorateur du Pérou, du Chili et du Brésil (1778-1785)*, 434p.; Paris: E. Guilmoto.
- HAMY, E.-T., 1989[1890] - *Les origines du Musée d'Ethnographie*, 321p.; Paris: Jean-Michel Place, Édition facsimilé, préface de Nélia Dias.
- JOMARD, E., 1831 - *Considérations sur l'objet et les avantages d'une collection spéciale consacrée aux cartes géographiques et aux diverses branches de la géographie*; Paris: Imp. de E. Duverger.
- JOMARD, E., 1845 - Des collections ethnographiques. *Bulletin de la Société de Géographie de Paris*, **3ème série**, **III** : 388-402.
- JOMARD, E., 1853 - Instructions pour les recherches de M. Mimey dans le Pérou. *Mémoires de l'Institut de France; Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, **XX**: 66-90.
- JOMARD, E., 1862 - Du caractère distinctif de l'art ancien dans les deux Amériques. *Revue Orientale et Américaine*, **VII**: 131-137.
- JUAN, J. & ULLOA, A. de, 1978[1748] - *Relación histórica del viaje a la America meridional*; Madrid: Fundación Universitaria Española, 2 tomos, 682p. + 603p. + cxcv; Edición facsimilar.
- LABARTHE, C. de, 1865 - Esquisse d'un tableau préparatoire génésique, pour l'établissement d'un programme scientifique de l'ethnographie. *Actes de la Société d'Ethnographie*, **2ème série**, **I** : 146-157.
- LE BRET, E., 1853 - Sur la déformation artificielle du crâne en Amérique. *Comptes-rendus des séances et mémoires de la Société de Biologie*, **1ère série**, **IV**: 40-48.
- MORTON, S. G., 1839 - *Crania Americana; or a comparative view of the skulls of various aboriginal nations of North and South America to which is prefixed an essay on the varieties of the human species*; Philadelphia: J.Dobson; London: Simkin, Marshall and co.
- MORTON, S. G., 1841 - On the ancient Peruvians. *Proceedings of the Academy of Natural Sciences of Philadelphia*, **I** (**3 [june 1841]**): 35-38.
- MUSEUM D'HISTOIRE NATURELLE, 1818-1860 - *Instructions pour les voyageurs et pour les employés des colonies sur la manière de recueillir, de conserver et d'envoyer les objets d'Histoire naturelle...* ; Paris: Imp. Belin; Siron y Martinet, 5e éd.
- ORBIGNY, A. D. d', 1839 - *L'Homme américain*; Paris: Pitois-Levrault, 2 vol.
- PENTLAND, J. B., 1835 - On the ancient inhabitants of the Andes. In: *Report of the 4th meeting of the British Association for the Advancement of Science (Edinburgh, 1834)*, 264p.; London: J. Murray.
- RETZIUS, A., 1860 - Coup d'oeil sur l'état actuel de l'ethnologie au point de vue de la forme du crâne osseux. *Bibliothèque Universelle. Revue suisse et étrangère. Archives des Sciences Physiques et Naturelles*, n.s., **VII**: 151-171; 256-278.

- RIVERO, M. E. de & TSCHUDI, J. J., 1859 - *Antiquités péruviennes*; Paris: Imp. centrale de Napoléon Chaix [trad. al francés de la obra publicada (en castellano) en Viena en 1851].
- RIVIALE, P., 1993 - Les antiquités péruviennes et la curiosité américaine en France sous l'Ancien Régime. *Histoire de l'Art*, **21/22**: 37-45.
- RIVIALE, P., 1996 - *Un siècle d'archéologie française au Pérou (1821-1914)*, 425p.; Paris: L'Harmattan.
- ROSNY, L. de, 1900 - *Traité d'Ethnographie théorique et descriptive*; Paris: Leroux.
- SOCIÉTÉ D'ANTHROPOLOGIE DE PARIS, 1865 - *Instructions générales pour les recherches anthropologiques (anatomie et physiologie)*; Paris: V. Masson et fils.
- SOCIÉTÉ DE GÉOGRAPHIE DE PARIS, 1875 - *Instructions générales aux voyageurs*; Paris: Delagrave.